

Título Libia, cuando el servicio de postventa fracasa

Tipo de Producto Material Didáctico

Autores Rubbi, Lautaro Nahuel

Código del Proyecto y Título del Proyecto

D16S01 - ELas relaciones comerciales entre China y Argentina en materia de defensa en el período 2003 - 2015

Responsable del Proyecto

Rubbi, Lautaro Nahuel

Línea

Agenda Internacional

Área Temática

Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales

Fecha

Noviembre 2016

INSOD

Instituto de Ciencias Sociales y Disciplinas
Proyectuales

UADE 

Libia, cuando el servicio de postventa fracasa

Ciberguerra y Ciberseguridad

Lic. Lautaro Nahuel Rubbi - Becario Doctoral UADE -
CONICET

Fecha: Noviembre de 2016

Introducción

Nos encontramos ante un escenario internacional que pareciera cada día más inseguro. En un sistema anárquico, donde los Estados, las Organizaciones Internacionales, las ONG, las empresas privadas y la sociedad civil no son más que actores múltiples con poder relativo, la falta de una unidad de mando central implica gran dificultad para resolver los problemas que debe afrontar el mundo hoy día. La multipolaridad del sistema, que pareciera incrementarse año a año, coincide con un mundo cada día más inestable. Sin embargo, el panorama actual es diferente de todo lo conocido hasta el momento. Mientras que en el pasado, y sobre todo durante el siglo XX, lo que primaban eran los conflictos interestatales, hoy nos vemos ante una proliferación de conflictos internos de características totalmente particulares, con una historia y una lógica propias. Esto los torna conflictos de difícil resolución mediante los mecanismos convencionales para los que fueron preparados las organizaciones que debieran mantener la paz y la seguridad internacional, pensadas en otro contexto y con amenazas distintas de las que hoy conviven en nuestro mundo.

Hace ya más de 4 años que la guerra civil en Libia, que buscaba la renuncia del líder autócrata Muammar Al Ghadafi terminó. Sin embargo, el país, lejos de estar mejor, vive hoy día una guerra interna diaria. Divisiones, regiones que declaran la independencia, gobiernos paralelos, muertos y desplazados. El consenso general es que la intervención extranjera del 2011 se basó en el pretexto de invocar el principio de la Responsabilidad de Proteger (R2P) sin acompañarlo de una política sólida o un plan para la Libia post revolucionaria (Sawani, 2014).

Con la atención internacional enfocada en las emergencias humanitarias de Siria e Irak, la escalada de crisis en Libia es muchas veces pasada por alto. Miles de desplazados desde la revolución del 2011 aún no han sido capaces de retornar a sus hogares, mientras que millones están aún sumidos en los terrores de la violencia. Muchos permanecen desplazados dentro de su propio país, mientras que otros incontables han migrado hacia países vecinos o se han embarcado en un peligroso intento hacia Europa, ayudados por traficantes que toman ventaja del colapso del orden en Libia para enviar más y más botes a una probable muerte en el Mediterráneo. La situación de caos en el país ha llevado a que numerosos actores internacionales abandonen el país en los últimos años, dando como resultado una ayuda humanitaria sin suministros y una solución a la crisis muy lejos de la vista (Brookings, 2015)

El conflicto en Libia fue dado a conocer al público de forma peligrosamente sencilla. Lo que la mayoría conoce es un dictador excéntrico con 42 años en el poder que fue destituido después de 8 meses de guerra civil. Aunque estos hechos no se alejan de la verdad, lo cierto es que el conflicto en Libia es más complejo, sobre todo por los hechos que acontecieron una vez que el gobernante fue asesinado. Hoy, muchos mantienen que sólo las milicias armadas de Libia ejercen realmente el poder y a veces parece que tienen como rehenes a los políticos que dicen respaldar (Choller et al. 2015).

Sin apenas periodistas ni personal diplomático occidental en el terreno por la inseguridad, resulta realmente difícil conocer una realidad compleja y constantemente cambiante. Sin embargo, en breves palabras se puede decir que hoy en día Libia es un Estado fallido, un gobierno que no cuenta con un monopolio de la violencia legítima, rodeado de más de 500 milicias armadas que se niegan a otorgarle el poder y la presencia acuciante de grupos terroristas que se disputan el poder. La guerra civil en Libia dista mucho de terminar. La misma bibliografía sobre los hechos transcurridos después de la muerte del dictador (compuesta sobre todo por noticias de distintos periódicos alrededor del mundo) es confusa y ambigua en cuanto a la sucesión de hechos, por lo que no se pretenderá detallar los mismos, sino más bien dar cuenta de la situación general en la que se encuentra Libia como un estado fragmentado, con gobiernos paralelos, y que convive con la violencia cotidiana.

Lo llamativo, sin embargo, es que al mundo pareciera haberle dejado de importar lo que pasa dentro de Libia, tan solo pareciera importar que el problema no escape de sus fronteras. Hoy, los refugiados que migran a Europa parecen ser la principal preocupación en los titulares de todo el mundo. Sin embargo, aunque la situación de las fronteras en Libia es seria, la situación dentro del país es mucho peor. No hay mucha información sobre las condiciones humanitarias dentro de Libia, pero abundan los reportes de muertes civiles, falta de alimentos, interrupción de los servicios y hospitales con escasez de suplementos médicos (Ferris, 2011). En vez de convertirse en un modelo de transición democrática, Libia se convirtió en una mezcla tóxica de inherente debilidad estructural, militarización, sectorialismo y rivalidades tribales. El país ha entrado a una nueva era de falta de legalidad, violencia y atomización política (Gaub, 2011).

Sin embargo, antes de comenzar se deben advertir dos cuestiones importantes. En primer lugar, que los hechos ocurridos en Libia no fueron aislados y extraños para la región, sino que se enmarcan en el fenómeno conocido como “La Primavera Árabe”, que comenzó en Túnez y consistió resumidamente en sublevaciones populares y cambios de gobiernos autoritarios en pos de mayores libertades y tendencias democráticas, y que se fueron “contagiando” en el transcurso de pocos años por varios Estados del Norte de África. Esta serie sucesiva de revoluciones terminó, según un consenso generalizado, como una serie de fracasos. Excepto por el caso de Túnez, los otros intentos de suprimir regímenes dictatoriales finalizaron con la represión rápida de las protestas, con la instauración de regímenes aún más represivos que el anterior (caso Egipto), o con guerras civiles entre múltiples facciones (casos de Siria o Libia). Sin embargo, es difícil plantear generalizaciones, puesto que cada caso tuvo sus propias características y matices.

En segundo lugar, es menester prevenir al lector sobre la polarización de opiniones que hay al respecto de la situación de Libia durante el gobierno de Gaddafi, y por tanto sobre los acontecimientos de la revolución en general. Por un lado encontramos las versiones más difundidas en los medios “pro occidentales” sobre las graves violaciones a los derechos humanos y las libertades del dictador, y las múltiples razones que tuvieron las grandes potencias reunidas en el consejo de seguridad de la ONU para intervenir en Libia y terminar con un gobierno dictatorial y represivo. Por otro lado, encontramos múltiples críticas al actuar de los gobiernos de las potencias, sus “intereses ocultos” en el petróleo libio y una segunda versión de casi todos los hechos que en este trabajo se relatan. Como politólogos debiéramos no quedarnos con opiniones parciales e intentar asistir al fondo de la cuestión, aunque siempre se presenta difícil con críticas tan polarizadas, corriendo el riesgo de contar solo una parte de la historia. Durante este trabajo se intentará poner foco en los hechos y las cuestiones objetivas, al margen de las opiniones que distintos grupos tienen al respecto, aunque sin dejar de mencionarlas en algunas ocasiones, pero previniendo al lector que al momento de ahondar más en el mismo sea precavido y asista a la lectura de “ambos lados de la moneda”, para formar así una opinión propia y consolidada.

Datos generales sobre Libia

El Estado de Libia es un país soberano del Norte de África, ubicado en el Magreb. Su capital es Trípoli. Con Gaddafi como líder, y gracias a su principal riqueza, sus reservas de petróleo, Libia ha sido uno de los países más estables de África. Hasta 2011, al país se le adjudicaba la esperanza de vida más alta de África, con 77,65 años. También contaba con el PIB (nominal) per cápita más alto del continente africano, y el segundo puesto atendiendo al PIB per cápita en paridad de poder adquisitivo. Lamentablemente, debemos decir que la autocracia es horrible y la coerción de libertades es algo que la humanidad no debe tolerar, pero sin embargo, muchas veces, esta al menos provee estabilidad. Desde ese momento su índice de desarrollo humano (IDH) ha tendido a decrecer con el paso de los años.

La economía de Libia se basa en el petróleo, que constituye la práctica totalidad de sus exportaciones (95%). Libia pertenece a la OPEP desde su fundación. Asimismo hay industria

relacionada con el petróleo y de refinamiento, así como de bienes de consumo, cemento y textil. La producción de petróleo cayó drásticamente en 2011, se recuperó casi en su totalidad al año siguiente, y actualmente encadena 4 años consecutivos de descensos. En la actualidad, Libia produce el 25% del crudo que producía en 2008. Hoy, el PIB se ha desplomado a niveles de 2003.

Contexto histórico

Desde épocas antiguas Libia fue un país poco importante para el contexto internacional, escasamente poblado y sin mucho valor estratégico, pasando de manos de imperio en imperio y sin un gobierno propio consolidado. Como factor fundamental a tener en cuenta para comprender el estado actual de Libia, el país nunca había conocido la democracia. Como es bien sabido, esta trae grandes beneficios si está correctamente articulada. Sin embargo, como es mejor sabido aún, es un sistema difícil de instaurar, que debe fundarse en valores de libertad y el respeto de los derechos del hombre, además de combinarse con valores republicanos, otorgando legitimidad y control constante al gobierno de turno. Ninguno de estos aspectos era conocido por la población libia previo a los hechos que derrocaron a su dictador.

La libia italiana

En 1912, Libia fue invadida por Italia. Después de una sangrienta guerra de "pacificación" que duró unos diez años, los italianos empezaron a colonizar con éxito el territorio, especialmente en la costa, donde el gobernador Italo Balbo (que uniendo en 1934 Tripolitania y Cirenaica creó la "Libia" actual) fundó varias pequeñas ciudades agrícolas. El dominio italiano sobre Libia, que promovió un gran auge económico, duró hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, conflagración en la que el territorio fue escenario de la lucha entre el Afrika Korps de Rommel, por parte del Eje, y las tropas de Montgomery, por Gran Bretaña.

El Reino de Libia

Al final de la guerra los aliados no lograron ponerse de acuerdo sobre el futuro de la antigua colonia italiana que, en ese momento, era un territorio más de cinco veces mayor que la propia Italia. Sin embargo, la población no sobrepasaba el millón de habitantes, por lo que representaba un destino apropiado para el remanente de población de Italia que empezó a buscar lugares a los cuales emigrar después de la guerra. Los recelos entre Occidente y la Unión Soviética hicieron que finalmente la ONU decida dar la independencia al país dejándolo en manos del rey Idris.

De esta forma Libia se convirtió en la primera colonia africana en lograr su independencia en 1951, aunque, desde ese entonces, ha sido un estado fracturado. Los gobernantes dependieron de tribus leales y camarillas limitadas para mantener sus regímenes. Bajo la monarquía que dirigió al país entre 1951 y 1969, los parientes y el círculo de allegados del rey Idris condujeron sin miramientos las jóvenes instituciones estatales. Idris, más interesado en reinar que gobernar, desatendió las instituciones públicas y estas decayeron. (Barfi, 2011 B)

Gran República Árabe Libia Popular y Socialista

El coronel Muammar al-Gaddafi (la traducción de su nombre se encuentra en diversas nomenclaturas, todas las cuales se consideran correctas y son usadas aquí indistintamente) fue elegido líder en 1969 a través de la revolución que derrocó al rey Idris e implantó un régimen de gobierno socialista conocido como Yamahiriya («Estado de las masas») que pretendió ser un sistema de Gobierno directo donde el pueblo ejerce el poder mediante la participación directa y protagónica en las tomas de decisiones (poder popular), basado en el panarabismo y el islam.

El coronel Gaddafi

De origen bereber –una minoría étnica en Libia-, este excéntrico líder panarabista y panafricano llegó a detentar el poder por 42 años, luego de llevar a cabo un golpe de estado en 1969, en los cuales ha ido cambiando sus posturas múltiples veces. Durante los años 70 tuvo problemas con países vecinos como Chad, Túnez, Níger y Marruecos, pero también con Estados europeos. Su afinidad con la órbita soviética y su discurso anti-imperialista y anti-occidente fue minando su participación en la política mundial. En los 80 estuvo fuertemente involucrado en actos terroristas y eso le costó transformarse en un paria internacional. En los 90 comenzó, lentamente, a acercarse hacia Occidente, lo cual derivó que en 2004 fuese levantado el embargo que la Unión Europea y Estados Unidos mantenían sobre Libia.

Durante su gobierno no hubo constitución ni partidos políticos, y nunca se celebraron elecciones ejecutivas o legislativas. Frustrado por una burocracia reticente a implementar su visión política, Gaddafi pasó por encima de las instituciones tradicionales y afirmó tener un diálogo directo con la población del país (Barfi, 2011 B). Por otro lado, interesantemente, en 1979 Gaddafi renunció a sus cargos oficiales para asumir el vago rol de «Comandante de la Revolución», por lo que no contaba con un cargo formal oficial en el gobierno, pero era sin dudas su máximo representante y como muchos lo entendían “el padre de la nación libia”. Sus hijos estaban instalados en las altas esferas del poder y uno de ellos, Saif el Islam había sido nombrado como su sucesor. Gaddafi, autócrata y opresor por excelencia, fue conocido por sus excentricidades y obsesiones, como sus guardaespaldas Amazonas, el uso de la violación a mujeres y niños como recurso de poder, la tortura y la violación sistemática de derechos humanos, a la vez que su lujoso modo de vida.

La estrategia de Gaddafi atrofió las instituciones estatales porque, como la Revolución Cultural de Mao Zedong en China, implicó subordinar su desarrollo a las necesidades de una visión de transformación total. La planificación económica reflejó sus políticas populistas y aventuras en el extranjero en vez de centrarse en la estabilidad y el crecimiento sostenible. En vez de confiar en las estructuras estatales para gobernar, se apoyó en un pequeño círculo de adláteres y miembros de su tribu. Como resultado, las instituciones estatales decayeron. A partir de 1986, el Banco Central de Libia dejó de publicar los informes estadísticos anuales necesarios para que los economistas y especialistas formulen políticas coherentes. Frustrado por la apatía política de la población, Gaddafi anunció frecuentemente su intención de disolver todos los ministerios de gobierno y transferir sus responsabilidades a las municipalidades (Barfi, 2011 B).

Según Martínez (2011), Gaddafi buscó constantemente lograr un rol activo como un actor internacional de importancia, pero las inconsistencias en sus políticas exteriores, su frecuente antagonismo frente a países vecinos, su apoyo a grupos radicales y su falta de habilidad para lograr un apoyo africano o árabe a sus posiciones extremas constantemente limitaron sus esfuerzos de liderazgo más allá de los bordes de Libia.

Gaddafi se presentaba como el villano ideal: la caricatura de un déspota, que personificaba el tipo de adversario odioso al que todos los demócratas querían ver derrotado. Su comportamiento había sido abominable durante decenios y no sólo con su propio pueblo. Entre los ataques terroristas a blancos occidentales que ordenó, figura no sólo la tragedia del avión de Pan Am en Lockerbie (Escocia), sino también la explosión de un avión francés de UTA en el cielo de África (Dominique, 2011). Gaddafi fue rehabilitado en el 2004 después de terminar con sus programas de armas de destrucción masiva, y su reinserción vino de la mano de quienes años más tarde lo bombardearon, en especial Francia y Gran Bretaña.

Sin embargo, para presentar ambas caras de la moneda, se debe resaltar que a pesar de su cuestionable forma de mantenerse en el poder, durante su gobierno había mantenido la estabilidad del país y promovido altos índices de desarrollo humano. Gaddafi era querido por una parte importante de la población, quien le debía la instalación de escuelas, una red de agua y múltiples

servicios sociales. La autocracia y el despotismo desmedido son horribles y la coerción de libertades es algo que la humanidad no debe tolerar, pero sin embargo, muchas veces, como en el caso de Libia, los autócratas eran la única forma de proveer estabilidad en una sociedad dividida por las luchas y los recelos tribales.

Cronología de la guerra civil

Sin dudas la presencia de grandes reservas petrolíferas (como incentivo según algunos para la intervención de las potencias occidentales) y de un dictador en el poder durante 42 años en un país rodeado de revoluciones en pos de mayores libertades eran el caldo de cultivo perfecto para una nueva guerra civil, que comenzó con la represión de una protesta y terminó con la muerte del dictador, pero dejando tras de sí una nación devastada y fragmentada por la violencia. Se presenta a continuación los acontecimientos más relevantes para dar cuenta de lo compleja que fue la guerra interna, sumada a la intervención de las potencias extranjeras:

Como primer hecho se puede marcar el 16 de enero, cuando preocupado por la situación en el mundo árabe y algunas protestas en las ciudades de Darna, Bengasi y Trípoli, Gaddafi bloqueó el acceso a YouTube y despliega fuerzas de seguridad en la capital. Asimismo, el 9 de febrero advirtió a los conspiradores de la revuelta que quien promueva el caos sufriría represalias.

El 17 de febrero, tras celebrarse el Día de la Ira, movimiento que ya se había dado en El Cairo, Muamar ordena la represión, dejando un saldo de 24 muertos. Este número se incrementaría a 84 con las posteriores protestas dos días después. El 20 de febrero, Saif el-Islam, su hijo, brindó un discurso en la televisión en el que asegura que el gobierno no permitiría ninguna rebelión y amenaza con una guerra civil. El número de muertos para ese entonces ya era de 233. El 23 de febrero los manifestantes realizaron en la capital una movilización masiva, a la que se sumó el control por parte de los rebeldes de las ciudades de Bengasi, Tobruk y Misrats.

Cuando el pueblo libio se levantó, la mayoría esperaba que a las protestas no violentas les seguiría una exitosa y rápida capitulación similar a los levantamientos de Túnez y Egipto. Pero en vez de renunciar, como hicieran Ben Ali y Hosni Mubarak, Gadafi lanzó una violenta represalia (Daalder y Stavridis, 2012). Desde aquí se comenzó con una disputa de territorio entre los fieles a Gaddafi y los “rebeldes”. Un actor será clave en el desarrollo del conflicto: la OTAN, quien anunció el 10 de marzo que aumentaría su despliegue naval. Al mismo tiempo tanto Francia como Reino Unido comenzaron a reconocer a la oposición como un interlocutor válido. “Ha llegado la hora de actuar. Y hay que hacerlo urgentemente”, dijo David Cameron el 19 de marzo de 2011 tras la cumbre sobre Libia celebrada en París. La resolución 1793, con el apoyo de Francia, Gran Bretaña y EE.UU. sumado a las abstenciones de Rusia y China, determinaron “por razones humanitarias” una nueva guerra, bajo la denominación operación “odisea al amanecer”.

La comunidad internacional se había decidido a actuar contra el dictador libio Muamar Khadafi y sus fuerzas para frenar la represión del gobierno a los civiles tras desatarse la primavera árabe que nada cambió. Las potencias occidentales decidieron dar su apoyo continuo en Libia a quienes reclamaban el fin del régimen autoritario. Por diversas razones, entre las que se comprenden la aversión creciente de la población norteamericana a las intervenciones con tropas terrestres luego de los costosos fracasos de Siria e Irak y el contexto de búsqueda de reelección del presidente Obama, entre otras, EEUU optó por un papel secundario y tras las primeras operaciones que requirieron una participación muy activa junto al Reino Unido y Francia, la Administración Obama buscó rápidamente ceder el mando y el protagonismo de las operaciones en Libia a sus aliados y a la OTAN (Blanco, 2011), en lo que se conoció internacionalmente como un caso de *leading from behind* (liderar desde la retaguardia).

Las explicaciones y las justificaciones que se esgrimieron para la operación militar internacional en territorio libio según la resolución 1973 de Naciones Unidas se asentaron en la necesidad de

proteger a civiles, hacerles llegar la ayuda humanitaria necesaria y, en una perspectiva más amplia, en el hecho de que la situación libia amenazaba la paz y a la seguridad internacional, razón por la cual se actuó bajo el Capítulo VII de la Carta de Naciones Unidas. (Blanco, 2011). Múltiples han sido las discusiones políticas y jurídicas que se impusieron tras las operaciones en Libia, relacionadas a la intervención humanitaria (hoy conocida en su nueva forma como “Responsabilidad de Proteger” o R2P, de fuerte controversia) y al famoso “capítulo 6 ½” de la Carta de las Naciones Unidas sobre Operaciones de Paz (no estipuladas de forma literal en la misma, pero una práctica creciente y común desde fines del S XX).

El primer pedido de la oposición a las potencias que brindaban su apoyo fue el establecimiento de una zona de exclusión aérea. Siete días después, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la medida. Poco antes, las fuerzas aéreas libias habían bombardeado el aeropuerto de Bengasi y Gaddafi ya amenazaba con que el intento de derrocarlo se transformaría en un baño de sangre. Para el 19 de marzo, los políticos de la Unión Europea y la Liga Árabe, entre otros, deliberaban en París sobre el procedimiento a seguir. Poco después, Estados Unidos, Francia y Reino Unido iniciaron los primeros ataques militares a Libia. Estos se intensificaron cuando el 22 de marzo se aprobó la planificación militar de la OTAN y desde entonces los bombardeos fueron una constante en el conflicto. Esto sumó a los ataques de los rebeldes, lo que empieza a generar un éxodo de población civil y que varios funcionarios del gobierno libio comiencen a refugiarse y renunciar. También provocó que algunos países que contaban con diplomáticos libios les quiten las cartas que le otorgaban su reconocimiento como tales (Choller et al. 2015).

La guerra civil ya había comenzado y se extendería hasta casi fines de octubre. Muamar el-Gaddafi sufrió la muerte de familiares tras los bombardeos de la OTAN, como así también pérdidas militares. Sin embargo, como el dijera, no se iba a retirar e iba a pelear hasta el final para reestablecer el orden.

El Consejo Nacional de Transición (CNT) comenzó a tener reconocimiento legítimo de algunos países de la Unión Europea. Sin embargo, Estados Unidos, un actor fundamental en el plano internacional, le negaba aún su reconocimiento. El 16 de junio, la Corte Penal Internacional solicitó una orden de arresto contra Gaddafi y su hijo Saif el-Islam por supuestos crímenes de lesa humanidad. En julio, tanto la Unión Africana, como varios países europeos, a los que se suman Egipto, China, Estados Unidos y Rusia, intentaron destrabar el conflicto, para poner fin a una guerra que ya llevaba más de 10.000 muertos. Para esto el 15 de julio, el Grupo de Contacto sobre Libia, que reunía a 32 países y siete organizaciones multilaterales, designaron a Abdelilah el Jatib como enviado especial del ONU con el fin de negociar. Sin embargo, Muamar el-Gaddafi, fiel a sus palabras, continuó dando batalla. El 15 de agosto realizó una aparición en la televisión estatal instando a la población a armarse para “liberar Libia metro a metro de los traidores y de la OTAN”.

Los rebeldes finalmente llegaron al corazón de Trípoli y controlaron buena parte de la capital libia. Tres de los hijos de Gaddafi fueron capturados por los rebeldes. Bani Walid y Sirte eran las ciudades importantes que debían conquistar los rebeldes para poder poner fin a la guerra. Los ultimátums para la entrega pacífica de los fieles del dictador no fueron tenidos en cuenta por estos, y la guerra civil continuó hasta que el 17 de octubre logran controlar Bani Walid y el 20 de octubre tomar Sirte. En esta última ciudad es donde se divisó un convoy tratando de escapar, el cual fue atacado por las fuerzas de la OTAN. Al disiparse el humo de la batalla, encontraron los rebeldes finalmente a Gaddafi, que fue identificado, golpeado ferozmente por un grupo de insurgentes y finalmente asesinado. El video de su captura fue publicado en las redes y viralizado rápidamente por los medios de comunicación como un triunfo de los rebeldes. Si bien no se determinaron las causas de su muerte, se puede ver en el mismo al coronel muy golpeado con sangre, y a los rebeldes llevándolo a la rastra como un premio de guerra. Hasta el día de hoy la

ONU lleva adelante una investigación sobre las caudas efectivas de su muerte, pues se sospecha que fue asesinado por los propios custodios una vez que había sido capturado.

Según algunos, estos hechos demostraron que la “guerra humanitaria”, con el ropaje de los buenos y nobles sentimientos del nuevo principio de la “Responsabilidad de Proteger” –adoptado por Naciones Unidas en 2005– no era en realidad sino un engaño: Escondía una política de potencia clásica tendiente a derrocar un régimen y asesinar a un jefe de Estado extranjero. Esta vez, con la venia de la ONU (Ping, 2014).

Después de octubre

Las potencias occidentales decidieron dar su apoyo continuo en Libia a quienes reclamaban el fin del régimen autoritario. Una vez más, se intervino en un conflicto intraestatal, y en pos de la defensa de vidas humanas y de una gran amenaza a la seguridad y la paz en el mundo, se promovió la lucha en contra de un gobierno ciertamente autoritario y opresor. Sin embargo, una vez terminado el conflicto, Libia fue abandonada a su suerte. En un país que no conocía como ejercer la democracia, y que apenas conocía los valores de república y libertad a través de pequeñas miradas al exterior, la supresión del autócrata fue la chispa que detonó el caos.

La operación “no funcionó”, como diría Barack Obama cinco años después. Ahora Libia es un país roto, desgajado y desangrado por la guerra que nunca acaba. Es el feudo de los yihadistas en el norte de África y un lugar propicio para mafias y traficantes de personas, armas y drogas, por la porosidad de sus fronteras y la ausencia de una autoridad que ejerza orden control y eficaz. Los aparatos de Estado implosionaron en beneficio de los señores de la guerra, los clanes mafiosos y los terroristas islámicos especuladores; el saqueo del stock de armas transformó este país en un gigantesco arsenal a cielo abierto; las redes de inmigración clandestina se multiplicaron. Al punto tal que Libia se convirtió, retomando la expresión de un ex jefe de los servicios de inteligencia franceses, en “la Afganistán cercana a los europeos” (Ping, 2014).

Las responsabilidades de reaccionar y prevenir, que son dos de las tres etapas que deben componer la Responsabilidad de Proteger (R2P) según la Comisión Internacional de Intervención y Soberanía Estatal (ICISS por sus siglas en inglés) en su reporte del 2011, fueron efectivamente abordados por la coalición internacional (ICISS, 2011). Sin embargo, la tercera etapa del R2P, “la Responsabilidad de Reconstruir”, se mantiene al día de hoy desatendida (Mckay, 2011).

Según el informe, la “Responsabilidad de Reconstruir”, una de las partes sin dudas más importantes del R2P, requiere que los actores intervinientes establezcan una estrategia clara y efectiva de post intervención. Esta debe contar con una serie de lineamientos fundamentales, entre los que se encuentran: Proveer seguridad básica y protección a todos los habitantes del Estado intervenido (Evitando también la violencia vengativa y el choque étnico), conseguir la justicia y reconciliación entre las partes y, finalmente, ayudar al crecimiento económico y el desarrollo sostenible (Mckay, 2011). Hoy, 4 años luego de la intervención internacional, todos y cada punto de los abordados han fracasado. Al mismo tiempo, si el grado en que la intervención argumentada bajo la causa de “Responsabilidad de Proteger” depende de esta tercera etapa, podemos decir entonces que la operación en si ha sido un gran fracaso. Las transiciones dependen desde el comienzo de factores que siguen faltando gravemente en Libia: unos dirigentes relativamente cohesionados, una sociedad civil activa y unidad nacional. (Mohamedou, 2012)

La eliminación de Muamar Gadafi, el 20 de octubre de 2011, significó el fin de su régimen despótico, pero no del caos en Libia (Ping, 2014). Pocos meses después Libia se sumió en una espiral de violencia, fomentada sobre todo por las milicias que continúan en armas, las cuales obtuvieron durante los levantamientos del 2011. A pesar de que la lucha principal y clara entre rebeldes y defensores del régimen terminó con la muerte de Gadafi, lejos está la guerra civil y el estado de conflicto en Libia de terminar. El caso ejemplifica de manera clara que todavía hoy

existe un problema con las guerras humanitarias avaladas por el capítulo VII y ejecutadas por la OTAN: las sociedades europeas no están muy dispuestas a poner soldados en tierra para estabilizar y controlar el espacio territorial ganado, porque no quieren ser vistos como ocupantes sino como liberadores. Así, lo que podemos definir como el “servicio postventa” de las potencias occidentales en este caso fue particularmente malo, dejando tras de sí una sociedad fragmentada, con cientos de milicias aún armadas que no aceptan el centro de poder “legítimo” que desea imponer la comunidad internacional.

No se entrará en detalles cronológicos de los hechos para describir esta situación, pero se destacan entre otros: El desplazamiento del parlamento elegido en junio del 2012 de tendencia más liberal hacia la ciudad de Tobruk y la implantación de un parlamento paralelo controlado por la Hermandad Musulmana en la capital Trípoli; El grave ataque a la embajada estadounidense en septiembre del 2012 con el asesinato de 3 funcionarios, incluido el embajador; El secuestro del primer ministro libio por una de estas milicias en octubre del 2013; La declaración de autonomía de 2 de las 3 regiones que conforman el país por no aceptar el gobierno central a finales del 2013; Un nuevo supuesto golpe de estado por un general del ejército en febrero del 2014; múltiples atentados y asesinatos cometidos por milicias o grupos terroristas libio; ataques a múltiples embajadas extranjeras, muchas de las cuales han decidido terminar sus misiones diplomáticas en el país; secuestros de múltiples diputados y figuras políticas.

El objetivo aquí no es memorizar nombres y fechas, sino dar cuenta con esta breve enumeración de la situación actual de conflicto que sigue viviendo la sociedad Libia, algunos dicen, peor que durante los meses del 2011, pero que ha alejado su atención ya de los principales medios internacionales, por lo que poco se habla del tema, aunque siguen muriendo cientos al día a causa de la fragmentación total que ha sufrido el país y las milicias que continúan armadas (con armas pequeñas, lo que las hace aún más difíciles de controlar). Según la fuente, el número de estas milicias oscila entre 700 y 1500, lo que da cuenta de la trágica fragmentación del poder en Libia. Amnistía Internacional denunció este año que todas las partes han cometido crímenes de guerra y abusos graves contra los derechos humanos y los civiles pese a la caída del régimen.

Las milicias constituyen en la actualidad los nuevos guardianes del país. Controlan Libia casi en su totalidad. Muchas de estas han decidido y proclamado devolver las armas solo cuando constaten que se ha producido una transferencia del poder a unos representantes legítimos que sean elegidos por el pueblo mediante el uso de las urnas. El desarme es todavía hoy uno de los desafíos del gobierno de transición que ha dado muestras de debilidad en el control de las milicias que están constituidas por gente despolitizada, liberales, islamistas moderados e incluso grupos de islamistas. Además, no sólo el desafío de las milicias en su lucha por obtener parcelas de poder ha provocado que el proceso de transición entre en jaque, también numerosos grupos tribales y políticos independientes que desean un modelo federal para Libia como el que se implantó en Libia tras la independencia (García, 2012).

Gadafi dejó tras sí una bomba-trampa. El desplome del gobierno autoritario creó un vacío de seguridad sin un aparato estatal en funcionamiento, por lo que Libia quedó enormemente expuesta a la influencia internacional, con frecuencia al servicio de intereses empresariales. Para evitar la repetición de los costosos errores cometidos en el Iraq, Libia necesitará a dirigentes diestros, que puedan elaborar una nueva concepción nacional con la que unificar a autoridades rivales y controlar a las milicias indisciplinadas (Mohamedou, 2012).

Lo que vive Libia es, según el panel de expertos nombrado por el Consejo de Seguridad de la ONU, «una total implosión del sistema político», fenómeno agravado por la absoluta saturación de armas y la entrada en escena en febrero de 2014 de Jaliffa Haftar, un general renegado de la era de Gadafi. Ahora es el líder de las fuerzas de la denominada «Operación Dignidad», impulsada por el Gobierno establecido en Tobruk, reconocido hasta principios del 2016 por la

mayor parte de la comunidad internacional, que se apoya en sectores laicos y nacionalistas, algunos vinculados al antiguo régimen. Frente a ellos están las heterogéneas fuerzas de la «Operación Amanecer», teóricamente bajo el paraguas de la amalgama islamista radicada en Trípoli. Finalmente, también en Trípoli, se ha intentado instaurar un nuevo gobierno, supuestamente surgido del acuerdo entre las distintas facciones en lucha por el gobierno en Libia y apoyado por la Comunidad Internacional. Sin embargo, el mismo no ha sido reconocido por los otros dos gobiernos, por lo que su legitimidad y margen de acción son escasos. Además, la lealtad de las guerrillas cambia de un día para otro en función de sus intereses y hasta a sus propios cabecillas les cuesta saber quién guerrea con quién cada día (Vandewalle, Dirk, 2011).

Gran parte del problema reside en la dificultad de instaurar una democracia en una sociedad sin valores o costumbres democráticas previas, pues durante el régimen de Gadafi primaba la corrupción y no existían las instituciones formales creíbles. A diferencia de sus vecinos en Egipto, los libios no reclaman las elecciones que para muchos occidentales son de crucial importancia. Por el contrario, se han refugiado en la paciencia enraizada en su tradicional apatía política. Pocos partidos políticos han surgido y su demanda popular es escasa (Barfi, 2011 B). Implantar la democracia representará una tarea ardua y difícil, sobre todo en una sociedad que ni siquiera termina por aceptarla y creer en sus ideales totalmente, según varias encuestas realizadas. La dictadura es horrible, pero ofrece orden y estabilidad. Una vez que la primera cae, las segundas ciertamente también lo hicieron en Libia, sin una preocupación continuada de permanente por contener el conflicto posterior, como había sucedido en Irak.

Es necesario destacar que Libia nunca tuvo una burocracia profesional. Gadafi frecuentemente asignaba poder a los municipios y a los ciudadanos, de esta manera intentaba eludir a los empleados públicos, ya que ellos, constantemente, hacían fracasar sus planes grandiosos. Además, las casi dos décadas de sanciones internacionales impidieron que toda una generación de libios estudie en universidades occidentales y así pueda obtener los conocimientos técnicos necesarios. Incluso el sector petrolero, que es el sustento de la economía libia y representa el 95% de los ingresos en moneda extranjera del país, sufre por la escasez de gerentes profesionales. De acuerdo a un cable diplomático estadounidense divulgado por “WikiLeaks”, “Los libios que se presentan como posibles empleados de las empresas extranjeras (empresas petroleras) a menudo carecen de títulos universitarios o de experiencia práctica aplicable” (Barfi, 2012).

Tampoco se debe desatender la cuestión de los clanes y las luchas tribales, rivalidades potenciadas durante el gobierno de Ghadafi y que estallaron en su máxima expresión una vez este fuera depuesto. A falta de un liderazgo unificado, los libios reeditaron sus lealtades políticas tribales y regionales, a expensas de una identidad nacional compartida (Barfi, 2014). El repliegue sobre las identidades primarias es una causa más de la multiplicación de los enfrentamientos armados, al menos tanto como la omnipresencia de las armas. Las autoridades locales se niegan a calificar esos enfrentamientos clánicos como tales, prefiriendo hablar de incidentes aislados, que atribuyen a una misteriosa “quinta columna” o a “células gadafistas dormidas” que apuntan a propagar la división en el seno del “pueblo libio” (Haimzadeh, 2011).

Otro de los factores que suman a la situación de crisis son los pozos petroleros, principales fuentes de ingresos para el país, que han caído en manos de distintas milicias y de algunas multinacionales extranjeras, limitando aún más los escasos recursos con lo que cuenta el gobierno central para sostenerse. Por un lado, el petróleo -única fuente de ingresos libio- está en precios muy bajos y, por otro, la producción de los yacimientos libios ha bajado de 1,5 millones de barriles en sus buenos tiempos a menos de 300.000 en la actualidad.

Otra de las consecuencias de esta situación de descontrol es la proliferación de mafias activas, que manejan inmensas cantidades de dinero, trafican con armas y personas y tienen una gran capacidad de corromper, lo que explica la constante salida de barcos cargados de emigrantes

hacia costas europeas. Asimismo, la corrupción, que fue endémica en el régimen de Gadafi, perdura durante este nuevo régimen, ya que los funcionarios de los ministerios aceptan sobornos, por ejemplo, a cambio de otorgar contratos. Por su parte, las milicias que derrocaron a Gadafi han liberado a prisioneros a cambio del pago de recompensas (Barfi, 2014).

Finalmente, a la situación de caos se suma la gran cantidad de migrantes ilegales que pretenden dejar el país del caos y son muchas veces deportados cuando llegan a Europa, o a veces, mueren en el intento. El conflicto en Libia, así como los conflictos en cualquier lado, ha desplazado enormes cantidades de personas (Ferris, 2011). Durante la era de Gadafi el flujo de inmigrantes del interior de África se mantuvo por debajo de 4.500 personas desde que en 2009 Libia firmara un acuerdo bilateral con Italia para parar el movimiento migratorio hacía las costas europeas, mediante el ofrecimiento de unas oportunidades laborales bastante ventajosas. Pero la situación se volvió dramática después de 2011, cuando el número de migrantes alcanzó unas cuotas espectaculares.

El inmenso territorio, con una extensión desértica importante, hace imposible el control del mismo, lo que hace que algunos grupos aprovechen tal vacío para lucrarse con el tráfico de armas y personas. Parte de los migrantes que arriesgan sus vidas para cruzar hacia Europa están siendo ayudados por redes de tráfico de personas que a cambio piden unas sumas que en ocasiones alcanzan los 2.000 euros por persona por lanzarse a la aventura. En los primeros meses de 2015, más de 38.000 personas han cruzado desde el norte de África con la intención de alcanzar Europa, según cifras de la ONG. La cifra de muertos superó el 50% de los fallecidos en 2014, 3.500 personas en total, de 219.000 migrantes que cruzaron por esta vía. Los países europeos han dado pocas opciones a los migrantes, con pocas plazas de reasentamiento y de admisión humanitaria, mientras países como El Líbano mantienen crecientes campamentos de refugiados (Rodríguez, 2015).

Por otro lado, en lo que respecta a la migración interna, la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) ha afirmado que el número de desplazados internos en Libia se ha duplicado desde septiembre de 2014, llegando hasta los 434.000. La agencia ha manifestado que la cifra podría ser aún mayor debido a que tiene un acceso limitado al país y a que está llevando a cabo la operación a través de contactos locales que son incapaces de llegar a las áreas afectadas a causa de la volátil situación. Esto reduce la comunicación y la supervisión, y por estas razones las figuras son una estimación. El recrudecimiento de los combates en varias ciudades del este de Libia desde mediados del 2015 ha provocado nuevos desplazamientos de población. En la ciudad de Bengazi, por ejemplo, las autoridades locales han reportado que unas 90.000 personas no pueden regresar a sus casas, mientras que cerca de Trípoli, las ONGs y las autoridades locales estiman que unas 83.000 personas están viviendo en asentamientos, escuelas y edificios abandonados. El conflicto en Libia ha dañado la seguridad de los civiles y ha impedido el regreso seguro de desplazados internos a Misrata, Trípoli, Warshafana y las montañas de Nafusa, en el oeste del país, y Awbari, en el sur.

La reconstrucción de un Estado de derecho tras la caída de Gadafi tropieza con la militarización de la sociedad, con el avance de las identidades clánicas y religiosas, y también con la intervención de actores extranjeros (Haimzadeh, 2011). Lo penoso, lamentablemente, pareciera percibirse despreocupación por la situación interna de Libia en los principales organismos internacionales. Encontramos las últimas semanas y meses cientos de trágicas noticias sobre los refugiados libios y el control creciente de las fronteras europeas. Sin embargo, poco se habla sobre solucionar de forma efectiva el conflicto, sino más bien, de evitar que el conflicto (en forma de migrantes) escape de sus fronteras. Hoy la principal preocupación pareciera ser contener el fracaso que siguió a la intervención antes que solucionar la situación.

“Tras ocho meses de un conflicto que algunos dirigentes occidentales siguen negándose a calificar de guerra civil, la protección de las poblaciones, motivo declarado para justificar la entrada en guerra de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), sigue lejos de estar garantizada”. Estas palabras de Patrick Haimzadeh (2011) escritas a pocos meses de iniciado el conflicto, lamentablemente siguen tan vigentes como en ese momento.

Gobiernos paralelos y un Estado fragmentado

Una Libia estable, pacífica, democrática y próspera solo puede ser edificada con apoyo internacional, especialmente en el corto plazo. Esto requerirá asistencia financiera y técnica, especialmente en lo que refiere a reconstruir la economía, reestablecer los ingresos del gobierno a través del sistema fiscal, y evitar una dependencia a largo plazo de la ayuda internacional. Un ambiente seguro y asistencia internacional son factores cruciales para reconstruir las finanzas públicas, crear un clima donde la economía pueda progresar y reestablecer los servicios públicos, los que, en última instancia, contribuirán a fortalecer la legitimidad y el marco institucional (Wolff, 2011). Debido a la complicada realidad de división entre gobiernos paralelos, es difícil para cualquier tipo de intervención extranjera evitar la apariencia de ayudar a un bloque contra otro. Dado que Libia enfrenta las perspectivas de un Estado fallido y una escalada de violencia mayor, la sociedad internacional debe tomar cartas en el asunto, pero tomando la precaución de presentarse como mediador imparcial y no favorecer la confrontación (Jason, 2014).

En eso trabajó durante años un diplomático español, Bernardino León, representante de las Naciones Unidas, que trató de impulsar el diálogo para formar un Gobierno de Concordia Nacional. El diplomático se mantuvo permanentemente reunido con las facciones enfrentadas. Era y es imprescindible apoyar sus esfuerzos y sus logros (por escasos que sean) y eso exige la colaboración de los países vecinos (Egipto, Túnez, Argelia), la implicación de Europa, el respaldo de los EEUU y la bendición de la ONU. Además, la ventaja con la que cuenta la ONU es que todos los países de la región que pueden influir sobre los dos Gobiernos de Libia están de acuerdo en encontrar una solución.

León reconoció que la desmovilización y desarme de los milicianos de distintos bandos, o su integración en un ejército regular, es uno de los asuntos en los que se avanzó menos tras meses de conversaciones, pues la desconfianza entre las partes es mucha y "la lógica militar y de enfrentamiento tiene mucha fuerza". Entre otras cosas, la comunidad internacional ha fallado en ofrecer a los actuales gobiernos paralelos libios incentivos adecuados para asegurar un compromiso duradero, sobre todo por el firme apoyo que habían brindado la mayor parte de las potencias occidentales al gobierno instalado en la ciudad de Tobruk (Jason, 2015).

Por si fuera poco, un escándalo salpicó la figura del enviado español Bernardino León, y es que se reveló que había firmado un contrato laboral con Emiratos Árabes Unidos para trabajar en una nueva escuela diplomática en el país, que era uno de los principales aliados internacionales de la Cámara de Representantes. El Congreso exigió explicaciones a este hecho "que ponía en duda su credibilidad" y le acusaba de "faltar al respeto a las vidas y sacrificios del pueblo libio". El enviado respondió acusando al Parlamento islamista, pero también a la Cámara, de estar intentando retrasar el proceso de paz en función de sus propios intereses. Ante el clima alcanzado, León, cuyo mandato había expirado hace dos meses pero había sido prolongado por la situación de necesidad, fue sustituido por el diplomático alemán Martin Kobler.

Así, luego de fracasar en múltiples intentos de formación de un gobierno unificado, aunque dejando tras de sí un legado que sería clave y un acuerdo en suspenso para ser firmado por las partes, León fue reemplazado por el alemán Martin Kobler, quien logró la firma de este documento al poco tiempo de asumir su cargo. Sin embargo, las letras quedaron vacías cuando, tras designar un gobierno de unidad nacional, las otras facciones políticas de Libia desconocieron a las nuevas autoridades.

De forma resumida, se puede decir que Libia tiene hoy hasta tres gobiernos simultáneos. Dos están en Trípoli. Uno, respaldado por Qatar y Turquía, es de tendencia islamista y considerado rebelde. El otro, recientemente trasladado hasta allí en 2016, surgió a partir de los acuerdos promovidos por Bernardino León y cuenta ahora con el apoyo internacional. Sin embargo, su reconocimiento interno y margen de maniobra es escaso. El tercero gobierno está en Tobruq, al este del país, y era reconocido por la comunidad internacional tras las elecciones de 2014. Aunque ahora perdió ese apoyo, no ha reconocido al nuevo gobierno y ha decidido prolongar su mandato de forma indeterminada. Este último controla los principales recursos petroleros.

El Gobierno de Unidad hoy ubicado en Trípoli se formó tras un fallido acuerdo de paz auspiciado por la ONU y firmado en diciembre por miembros del antiguo gobierno de la capital y una pequeña parte del Parlamento desplazado en Tobruq. Pese a que cuenta con el pleno apoyo de Naciones Unidas, EE.UU. y la UE, carece de respaldo popular y de la legitimidad que le tiene que proporcionar el parlamento de Tobruq. Desde que fuera formado en abril, su único logro ha sido formar una alianza de milicias, lideradas por la poderosa ciudad de Misrata, para tratar de expulsar a la rama libia del ISIS la ciudad de Sirte, que controla desde febrero de 2015.

Por su parte, el gobierno islamista instalado en la Capital libia se conoce como Congreso Nacional General (CNG), una entidad de ideología islamista que gobernó Libia tras la caída de Khadafi pero no reconoció el resultado de los comicios celebrados en 2014. Está formado por un grupo de partidos en su mayor parte islamistas que aprobaron hace pocos meses una ley con la que se propinará 80 latigazos a quienes consuman alcohol. Lo apoyan principalmente las milicias islamistas de Misurata, agrupadas en la coalición Amanecer Libio. Es importante resaltar que miembros del CNG asaltaron edificios oficiales a mediados del 2016 y ordenaron la salida del gobierno de unidad, al que acusaron de haber agudizado la crisis política y de ser incapaz de mejorar las condiciones de vida de la población, que sufre constantes y largos cortes de suministro eléctrico. El visto bueno de esta facción, que se sitúa al frente del 80% del país, es clave para que el Gobierno de Unidad pueda actuar con ciertos márgenes mínimos de legitimidad. Sin embargo, las esperanzas en este caso son escasas, teniendo en cuenta que el gobierno islamista asentado en Trípoli se ocupó en reiteradas ocasiones de desconocer las conversaciones de paz auspiciadas por la ONU y llevar al fracaso múltiples documentos de conciliación.

Finalmente, en Tobruq, al mando de un gobierno de corte más bien liberal, pero que no reconoce la legitimidad del Gobierno de Unidad y que apenas tiene influencia sobre un 20% del territorio, el hombre fuerte es el general Jalifa Hafter, antiguo miembro de la cúpula khadafista y reclutado en la década de los ochenta por la CIA. Se opone a los dos gobiernos en Trípoli y ha extendido de forma unilateral su propio mandato más allá de la fecha límite que fue fijada como un sendero político trazado tras el derrocamiento de Gaddafi, lo que representó una falta de confianza en los esfuerzos de Naciones Unidas. Hafter, al que ahora la ONU trata de contactar para sumarle al proceso de paz tras haberlo ignorado durante meses, sostiene que es el único capaz de restablecer el orden en el país y salvar a Libia. Ha reconquistado una parte de Bengasi que estaba en manos de grupos yihadistas afines a Al Qaeda. Pero sus opositores acusan a Hafter de tener un único objetivo: tomar el poder e instaurar una nueva dictadura militar.

El parlamento “exiliado” en Tobruk aún tiene el respaldo oficial de Naciones Unidas como el cuerpo legislativo de Libia, a pesar de que se opone a la nueva administración del ejecutivo gobierno de unidad porque quiere que el general Jalifa Haftar, que lidera el combate contra las milicias islamistas, mantenga su papel en un futuro ejército, algo que la ONU no garantiza. Al mando de lo que él proclamó en 2014 como Ejército Nacional Libio, el general Jalifa Haftar fue el hombre con el que la CIA quiso derrocar a Gadafi y, desde 2014, el que plantó cara al Gobierno (islamista) de Salvación de Trípoli, nunca reconocido por la comunidad internacional. Ahora, sin embargo, actúa por su cuenta, desoye a Estados Unidos y no recibe desde hace varias semanas al enviado especial de la ONU, Martin Kobler. Y ha advertido que solo se integrará en

un Gobierno de Unidad cuando se disuelvan las milicias. Así que, de momento, no reconoce al único Ejecutivo que reconoce la ONU y la comunidad internacional.

Naciones Unidas había conseguido en Marruecos que los dos parlamentos libios que se disputaban el poder firmaran una propuesta de gobierno de unidad nacional. Sin embargo, el valor real del texto fue nulo, pues rápidamente, una vez formado este nuevo gobierno y designado su gabinete, fue desconocido por ambos parlamentos, sin conseguirse consenso de todos los miembros ni el Congreso General Nacional de Trípoli, ni la Cámara de Representantes de Tobruk. Tras un breve periodo de exilio en Túnez, el gabinete de Sarraj desembarcó en Trípoli en marzo de 2016 con el respaldo de determinados sectores del Ejército y otros poderes fácticos del país, dejando a la nación dividida en tres bloques políticos. Hoy, su fuerza sobre el terreno libio es, aunque creciente respecto del momento en que arribó, aún muy limitada.

Fayez al Sarraj cuenta con algo casi inaudito en el panorama actual de las relaciones internacionales: el respaldo sin fisura del Consejo de Seguridad de la ONU, de los países vecinos de Libia y de la Unión Europea, que tiene previsto otorgar un crédito de 100 millones de euros en cuanto el Gobierno inicie su andadura. Pero nada de eso ha servido hasta ahora para unir a las partes enfrentadas en Libia. El alemán Martin Kobler, no ha logrado hasta el momento que los órganos parlamentarios de Trípoli y de Tobruk reconozcan la legitimidad del Gobierno de unidad. Las autoridades asentadas previamente en Trípoli exigieron que Fayez Sarraj, el nuevo ministro erigido por la ONU dejara el país solo unas horas después de su llegada a la capital en marzo de 2016. En un discurso televisado, el jefe del Gobierno que Naciones Unidas no reconoce, Khalifa al Ghawi, aseguró que el Ejecutivo de Sarraj era "ilegal", y le pidió que saliera de la ciudad o se "entregara". De entrada, el Ejecutivo de Trípoli ya ha advertido que no entregará Libia a un "Gobierno marioneta de los poderes coloniales". Sarraj y su Consejo Presidencial tendrán que ir tomando poco a poco las riendas económicas y militares del país. Eso significa hacerse con el control del Banco Central y con la empresa pública que controla la industria petrolera. Sin embargo, su camino será fatídicamente difícil.

La formación de un Gobierno de unidad nacional que aglutine el poder y sea capaz de administrar un único ejército sería, sin duda, un gran paso hacia la pacificación del país. No obstante, el principal problema de la situación es la proliferación de actores que proclaman por su reconocimiento, con intereses encontrados y prácticamente nulas intenciones de llegar a un acuerdo con las otras partes. Hoy, tras medio año de esfuerzos, ni las presiones de la ONU ni de la UE han logrado el reconocimiento del Gobierno de Unidad por parte del Parlamento de Tobruk, que era considerado por la comunidad internacional el representante legítimo del pueblo libio frente a su cámara legislativa rival en Trípoli. El Gobierno de Unidad simplemente se ha convertido en una tercera estructura administrativa, pues las otras dos no se han disuelto.

A estos grupos hay que sumar las cerca 140 tribus, cada una con sus intereses regionales, que han bloqueado sistemáticamente el proceso de cambio. Durante el régimen de Gadafi la convivencia pacífica con ellas se alimentaba a través de todo tipo de ventajas y favores. Sin embargo, tras la caída del dictador, Libia también se ha convertido en el escenario de diversos enfrentamientos étnicos, siendo la enemistad entre las tribus Tuareg y Toubou la que más preocupa. Además, en el sur, en la región de Fezzan, las tribus regionales se han agrupado en milicias de autodefensa para tratar de hacer frente a la amenaza de los grupos radicales. Los libios tienen un proverbio: "En Libia es región contra región; en las regiones, tribu contra tribu; en las tribus, familia contra familia". Los cinco años que han sucedido a la revolución han supuesto una confirmación nefasta de ese dicho. Las milicias armadas son ajenas a las conversaciones tuteladas por la ONU y la situación, lejos de normalizarse, empeora.

Podemos decir entonces que sobre el papel existe en Trípoli desde el 30 de marzo un Consejo Presidencial, apoyado por la ONU, al que han expresado su lealtad las principales milicias del

Este y los responsables del Banco Central libio y de la Compañía Nacional de Petróleo. Sin embargo, si algo ha aprendido en estos años la comunidad internacional es que una cosa es lo que en Libia se escribe sobre el papel y otra es la triste realidad. Sobre el terreno, lo cierto es que no son nueve sino siete los miembros del Consejo, porque dos de ellos rechazan el acuerdo de unidad; y los siete se encuentran recluidos desde su llegada a Trípoli en una base naval, sin apenas libertad de movimiento. Sobre el papel, ese Consejo ha empezado a nombrar a sus ministros y a intentar poner orden al país. Sobre el terreno, todo sigue igual en Trípoli y en Libia desde que desembarcó el Consejo Presidencial: hay un corralito financiero que impide a los libios sacar más de 80 euros al mes del banco, hay colas cada mañana en las oficinas bancarias, hay cortes de luz y el poder real está en manos de las milicias, que son las que controlan el mercado negro de divisas.

La paz sostenible, la democracia y la prosperidad dependen crucialmente de escoger las instituciones correctas, pero estas instituciones no pueden florecer a menos que haya seguridad. En el corto y mediano plazo, la conexión crucial es entre seguridad y legitimidad. Cualquier capacidad de un Estado post conflicto en proveer seguridad a sus ciudadanos determina su legitimidad. Para Libia, esto significa primero y ante todo, poner un fin a la actual violencia (Wolff, 2011).

Una economía estructuralmente devastada

En cuanto a los efectos sobre la economía que ha tenido esta situación de elevada anarquía, sorprendentes son los datos que se desprenden del informe del Banco Mundial sobre Libia, publicado en Octubre de 2016, el cual advierte que la economía del país norteafricano “está al borde del colapso, debido al bloqueo político y el conflicto civil, que impiden la plena explotación de su único recurso natural: el petróleo”. Los ingresos por hidrocarburos, advierte el BM, cayeron continuamente en los siete primeros meses de 2016.

Desde la emisión del informe, aún no hay acuerdo entre las más altas autoridades de Libia para resolver la situación. Representantes del GAN propusieron la supresión de subsidios al consumo y la protección del valor de la moneda, mientras que el director del Banco Central habló de la necesidad de devaluarla. El problema es cómo asegurar ingresos por \$38.000 millones para cuadrar el presupuesto de 2017. Una gran parte de la población depende de los subsidios del Estado, pero éstos minan las finanzas públicas. Desde octubre se han cortado los subsidios a los alimentos, que representaban el 18,4% del PIB, lo que hizo florecer el mercado negro. Los salarios han caído un 8,7% de media. Los ingresos por petróleo y las exportaciones de otros productos son hoy totalmente insuficientes para frenar la caída de las reservas, que pasaron de \$107.000 millones en 2013 a \$43.000 millones en la actualidad. La producción petrolífera del primer semestre, se afirma, es 20% inferior a la del mismo periodo de 2015. El PIB se ha reducido en 8,3% en 2016, lo que supone una caída de dos tercios respecto a su nivel antes de la revolución. El BM no cree que el aumento de las exportaciones en 2017 subsane el déficit del Estado y cubra las importaciones de bienes de consumo, con lo que prevé un déficit fiscal del 35% del PIB y otro por cuenta corriente del 28%. El PIB se ha reducido en 8,3% en 2016, lo que supone una caída de dos tercios respecto a su nivel antes de la revolución (Sizer & Pack, 2016).

Al-Sarraj acusó al director del Banco Central de Libia, Sadiq el-Kaber, —que originalmente se posicionó a favor del Ejecutivo de transición— de tratar de realentizar el proceso de inyección de moneda para causar una inflación de los precios y agravar la situación del país. Sin suficientes fondos, el Gobierno no pudo llevar a cabo ninguna medida para mejorar la situación nacional, como, por ejemplo, financiar la reforma de las Fuerzas Armadas.

La dramática situación económica actual contrasta con las previsiones que sería posible hacer si el país estuviese pacificado. Si la producción de petróleo creciese hasta los 600.000 b/d a finales de 2017, especula el informe del BM, eso aseguraría un crecimiento del PIB del 28%.

La intromisión del Estado Islámico

Múltiples analistas, al momento de la intervención, argumentaron que la situación en Libia sería, en el peor de los casos, la de un Estado fallido, débil y fragmentado (Kaplan, 2011). Esto también fue anticipado por Richard Hass (2011), cuando afirmó que quitar del medio a Gadafi y todos quienes lo rodeaban, derivaría en una serie de eventos que llevaría a ganar terreno a los líderes tribales, con orientaciones y objetivos regionales, y a potenciales grupos radicales islámicos. En cualquier caso, Hass predecía que el nuevo gobierno será incapaz de controlar grandes cantidades de territorio, creando vacíos que serían aprovechados por Al Qaeda, el Estado Islámico o grupos similares (Sawani, 2014). Lamentablemente, estos analistas han acertado en sus predicciones.

El caos emergido tras la Guerra Civil de 2011 ha sido caldo de cultivo para los grupos radicales que vieron en Libia una oportunidad para extender su influencia. Grupos como Daesh, Ansar al-Sharia, Amanecer Libio, los Mártires de Abu Salim, Brigada Escudo de Libia o 17 de Febrero, entre otros, han proliferado en los últimos años.

Sin embargo, es importante destacar que la actividad yihadista en Libia antecede con mucho la caída del régimen de Gadafi. Varios libios han ocupado puestos de responsabilidad en Al Qaeda Central. El islamismo radical y el yihadismo son fenómenos arraigados en la sociedad libia y, al margen de cuál sea el resultado de la actual guerra interna, van a mantener su vigencia por largo tiempo. Asimismo, el mapa del yihadismo en Libia se caracteriza por una enorme complejidad. Con las fuentes abiertas disponibles resulta muy difícil establecer vínculos claros entre los distintos actores. Al mismo tiempo, el deseo de categorizar los grupos de manera estricta choca con los solapamientos y los contornos poco definidos de una realidad rica en matices (Enamorado, 2014).

Desde mediados del 2014 se han dado a conocer numerosas noticias de la presencia del grupo terrorista del Estado Islámico en el país. Esta situación de total caos y falta de autoridad es caldo de cultivo perfecto para el asentamiento del terror que está cubriendo Medio Oriente y que hoy es una de las principales preocupaciones en el mundo. Algunos analistas de seguridad describen Libia como un bazar de armas. Está repleto de armas del arsenal de Gadafi, lo que lo convierte en un terreno ideal para los yihadistas que huyen de los bombardeos en Siria e Irak. Se calcula que en Libia circulan hoy unas 20 millones de armas y solo seis millones de habitantes (Howard 2015).

Hace poco más de un año parecía más bien que la acción del Estado Islámico era escasa y que se trataba más bien de una milicia “corriente” entre tantas, que utilizaba el famoso nombre para ganar legitimidad entre sus pares. Hasta Abril del 2015 el Califa, cabecilla del grupo, había sido reconocido por la agrupación terrorista central, pero el resto de la organización carecía de reconocimiento “oficial”. Sin embargo, no se descartaba una creciente expansión del Estado Islámico en Libia, donde encontrará un entorno ideal para su desarrollo.

Lamentablemente, meses después, advertimos que esta expansión se concretó y que el Estado Islámico mantiene una presencia fuerte en el país. Una de las primeras ciudades en apoderarse fue Derna, en las inmediaciones de Egipto, pero su presencia se extendió también en Bengasi, Sirte y Trípoli. El consejo de Seguridad de la ONU advirtió hace un año que Libia podría ser la nueva base del ISIS. En Libia hay entre 4.000 y 6.000 combatientes del ISIS, según cálculos del comando estadounidense para África (Africom). En octubre de 2014, el Consejo de la Shura de la Juventud Islámica (IYSC), principal filial del EI en Libia, declaró que Derna, un pequeño pueblo situado a 720 km de Trípoli se había convertido en el primer enclave de Libia en unirse al califato global que pretende crear EI. La base de Estado Islámico fue la ciudad de Sirte y la compusieron desertores de grupos locales yihadistas y combatientes extranjeros. Sirte, cuna de Gadafi, ha sido sometida a un régimen brutal de represión y ejecuciones donde se implementó la ley islámica de

forma estricta. La Ciudad era un paraíso seguro para que los yihadistas se entrenaran y planearan ataques a lo largo de la región mediterránea (Howard 2015).

El califato también se extendió en torno a Bengasi, donde varios milicianos de Ansar al-Sharia abandonaron la organización tras la muerte de su líder Mohamed al-Zahawi y juraron fidelidad a al-Baghdadi. No obstante, pese a su rápido avance en el resto del país, el grupo sufrió una derrota en su primer feudo, Derna, cuando una inesperada ofensiva lanzada por la Brigada de los Mártires de Abu Salim, próxima a Al Qaeda, y otras milicias yihadistas agrupadas bajo el Consejo de la Shura de Derna lograron matar a decenas de sus combatientes y expulsarles del centro de la ciudad. El ejército de Tobruk también aprovechó la coyuntura y lanzó una ofensiva con la que se hizo con el control de las carreteras de la zona, así como de parte de la periferia de la localidad.

Además, afortunadamente, aunque el GNA no controla todo el país y no ha logrado un apoyo unánime de la población, está consiguiendo golpear a Daesh y ha avanzado camino a la derrota de este grupo terrorista en la ciudad de Sirte en una ofensiva militar que empezó el pasado 12 de mayo con el apoyo de Estados Unidos. Fuerzas leales al Gobierno de Acuerdo Nacional tomaron la mayor parte de Sirte en julio de 2016.

En el mes de agosto de 2016 Estados Unidos admitió haber realizado múltiples ataques aéreos en Libia por primera vez desde 2015. Los bombardeos, fueron ejecutados a petición expresa del Gobierno de unidad libio y contaron con la aprobación del presidente Barack Obama. Esta operación supone un paso más en la presión militar norteamericana en apoyo a fuerzas locales que combaten al ISIS en Irak, Siria y, ahora, Libia. La campaña militar no tiene por ahora una fecha de caducidad concreta y se limita a un apoyo aéreo. Aunque en los últimos meses se han enviado “exitosas” misiones militares de reconocimiento a Libia que han permitido “hacerse con una imagen” de la situación, EE UU descarta por el momento implicarse militarmente sobre el terreno en la lucha contra ISIS porque cree que una decisión de esta naturaleza podría tener consecuencias imprevisibles. Además, los bombardeos de las posiciones de Daesh en Sirte por parte de EEUU han debilitado militarmente al grupo terrorista, pero también han creado polémica y enfrentamientos políticos entre los múltiples gobiernos en disputa en el país. El Parlamento de Tobruk opuesto al GNA consideró que los ataques aéreos estadounidenses son “ilegales”.

Desde el avance fuerte de la ofensiva en Sirtre, ISIS ha visto mermadas sus fuerzas locales. Como respuesta, en algunos casos el EI ha llevado a cabo actos terroristas de extrema violencia para seguir demostrando su poder en el terreno. Por su parte, Bengasi es una zona de guerra diaria en la que se enfrentan entre sí, tanto las milicias leales a los distintos gobiernos del país, como las diferentes facciones yihadistas. La cercanía a Europa hace a Libia especialmente atractiva para el EI. Libia se encuentra a tan solo 300 kilómetros de Italia, lo que convierte el país árabe en base estratégica desde la que lanzar ataques contra Europa y África del Norte. Uno de sus militantes, Abu Irhim al-Libi, ha escrito en internet que «algunos no se dan cuenta de la importancia estratégica de Libia», a la que define como un «portal estratégico para Estado Islámico». Otros simpatizantes claman en las redes por un gran frente desde el que enlazar con los yihadistas que luchan en Irak y Siria y crear así una pinza que acercaría la «liberación de Palestina».

La situación caótica que atraviesa el país ha permitido además el fortalecimiento de otro grupo yihadista, Ansar al Sharia, que ha sido el que ha derrotado al Estado Islámico y le ha expulsado en las últimas semanas de Derna, una ciudad que el EI controlaba hace meses. Ansar al Sharia se ha aprovechado del rechazo que generan en parte de la población los métodos violentos utilizados por el Estado Islámico, si bien la formación rechaza igualmente la democracia y apela por una aplicación de su visión radical de la ley islámica. Basado en el salafismo yihadista, Ansar al-Sharia, agrupación de milicias de origen tunecino, cuenta con bases en Bengasi y Trípoli. Incluido en la lista de los grupos terroristas por Naciones Unidas, su líder Mohammad al-Zahawi

fue, supuestamente, el principal responsable del ataque al Consulado de Estados Unidos en Bengasi en 2012 en el que falleció el embajador norteamericano y otros tres ciudadanos de la misma nacionalidad. Desde entonces las milicias de Ansar Al Sharia han permanecido activas y son uno más de los elementos de inquietud del Estado fallido libio (Enamorado, 2014).

Hoy, la aproximación occidental a Libia se parece mucho a la estrategia más amplia abordada a gran parte de Oriente Medio: Apoyar a los actores anti islamistas contra sus competidores a todo costo. El método occidental, sin embargo, ha probado crear más yihadistas que los que ha limitado. Afganistán, Irak, Pakistan y Yemen son todos casos de ejemplo, y extender este modelo a Libia puede ser un error colosal (Jason, 2015). El enviado especial de la ONU asegura que Libia está "al borde del precipicio" y EI la usa para crecer. Considera que la cifra de combatientes yihadistas y su índice de penetración en territorio libio hacen que todavía se trate de "niveles controlables", aunque las fronteras del país (casi todas desérticas) están totalmente desprotegidas por la falta de una guardia específica, lo que las convierte en muy porosas.

Los yihadistas están aprovechando eficazmente el contexto de Estado fallido en el que se ha convertido la Libia pos-Gadafi. Beneficiándose de esa situación de Estado fallido, los grupos islamistas más radicales –entre los que se incluye Ansar Al Sharia y el Estado Islámico– tratan de eliminar por completo al Estado libio, declarando emiratos islámicos independientes (caso fallido de Bengasi) o integrados en el Califato Islámico (caso de Derna) (Enamorado, 2014). Una centralización creciente del poder por parte del Estado Islámico u otros grupos yihadistas está entre las peores perspectivas que podrían guiar el futuro de Libia.

El enviado de la ONU en Libia afirma que la creciente amenaza de los yihadistas sólo puede ser enfrentada una vez que las facciones políticas respalden al Gobierno de unidad nacional. Pero, por su parte, Libia ha acusado al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas de obstaculizar su lucha contra el grupo terrorista. El embajador de Libia en la ONU, Ibrahim Dabbashi, se ha quejado de que el comité de las sanciones a Libia del Consejo de Seguridad no haya respondido a las peticiones que hizo el país en marzo para importar armas, tanques, aviones militares y helicópteros para enfrentarse a los milicianos del Estado Islámico y supervisar sus fronteras.

De acuerdo con el embargo de armas impuesto por la ONU al estado norteafricano en 2011, el Gobierno libio reconocido internacionalmente sólo puede importar armamento si cuenta con la aprobación del comité del Consejo de Seguridad, que opera por consenso. Sin embargo, más de la mitad del comité puso en espera la petición del Gobierno libio, dejándola en un limbo administrativo. Dabbashi asegura que los extremistas han sido "envalentonados" después de que el Consejo paralizara la petición de armamento (Reuters, 2015). Por su parte, el Primer Ministro del Gobierno de Unidad, Faiez Serraj, alega que no tiene sentido que la ONU le apoye cuando a la hora de la verdad les impiden el acceso a las armas con las que podrían combatir al ISIS.

Ante esta situación, en Octubre de 2016 se celebró en Viena un encuentro con 25 ministros de Exteriores en el que la comunidad internacional se mostró partidaria de levantar el embargo de armas que pesa sobre Libia para entrenar y equipar a la Guardia Presidencial que formará el Gobierno de Unidad, apoyado por la ONU. El Secretario de Estado de los Estados Unidos, John Kerry, manifestó al respecto que “sostenemos la idea de que existe un gobierno legítimo y que este gobierno legítimo combate el terrorismo, este gobierno no puede ser prisionero de una acción de la ONU”. “La situación de Libia es muy mala económicamente, financieramente y en el ámbito de la seguridad, y necesitamos de la cooperación de todos”, reconoció Kerry. Sin embargo, el levantamiento de las armas aún no se ha concretado.

Ante la preocupación creciente por la presencia del EI, desde principios de 2016, potencias occidentales (Estados Unidos, Reino Unido y Francia) mantienen una presencia armada en Libia, compuesta principalmente por drones y unidades de operaciones especiales. Tanto Egipto como

EE UU han recurrido a bombardeos puntuales de grupos rebeldes. A comienzos de 2016 se acordó el envío de 6.000 soldados de varios países miembros de la OTAN para entrenar a las milicias locales para frenar a grupos vinculados con EI y dar seguridad a las misiones diplomáticas que buscan regresar a la capital, Trípoli. Sin embargo, el nuevo gobierno de unidad luego se negó a permitir o a pedir abiertamente esa presencia y no está claro qué pasará. Además, la mayor parte de los países occidentales están siendo reluctantes a la hora de plantearse una posible intervención a mayor escala y temen posibles represalias por parte de los grupos terroristas en sus propios territorios. Algunos políticos han llegado a manifestar que incluso, a simple vista, suministrar armamento al Gobierno de Unidad podría entenderse como una forma de intervencionismo (Sizer & Pack, 2016).

Es importante destacar que, lejos de apuntalar al actual gobierno, las fuerzas extranjeras podrían contribuir a debilitarlo. Un informe reciente del European Council on Foreign Relations señala que la colaboración con fuerzas ajenas a las órdenes de Serraj erosiona al gobierno libio, al tiempo que reduce los incentivos para que los diferentes grupos armados se unan contra el EI. “Esta realidad poliédrica significa que cada vez que un misil occidental cae sobre territorio libio cambian las condiciones del diálogo de paz”, señala Manuel Muñiz, director del Programa de Relaciones Transtalánticas Del Weatherhead Center, en la Universidad de Harvard, y ex consultor de la Misión de Apoyo de las Naciones Unidas en Libia. (Lacher & Wehrey 2016).

Posible evolución del conflicto y conclusiones

La construcción de un Estado requiere también la construcción de una nación, o más precisamente, establecer una sociedad civil y política y una cultura de los medios de comunicación que apoye la paz y la democracia promoviendo la cooperación entre distintos fragmentos de la sociedad. Este proceso puede ser facilitado por actores internacionales, pero necesita ser “orgánico” y desde los propios cimientos de la base social, de abajo hacia arriba, para ser exitoso (Wolff, 2011).

Sin embargo, ante la situación actual pocas son las perspectivas de cambio que se presentan sin un actor externo que ayude a algún sector interno a retomar el control del poder. No se escuchan voces preocupadas en demasía por el estado actual de Libia en el mundo y pocas probabilidades hay de una nueva intervención extranjera para ordenar la sociedad, tarea ciertamente difícil. La llamada Primavera Árabe se convirtió rápidamente en un invierno. La ausencia de cualquier proyección estratégica o a largo plazo de la comunidad internacional sólo ayudará a empeorar la situación en Libia (Simons et al, 2011). Si Libia desea escapar de su situación actual, sus líderes deben transformar las estructuras de gobernanza que Gadafi construyó y deben crear un sistema justo y con credibilidad que se base en el imperio de la ley. Primero y ante todo, esto requiere de esfuerzos, guiados por ejemplos occidentales, para fortalecer y modernizar las instituciones (Barfi, 2014).

Lo más probable, al menos durante algunos años, es la somalización de Libia, tal y como se encuentra en el estado actual y que se alcance un cierto equilibrio de poder entre las milicias y los gobiernos paralelos, cada uno con zonas de influencia limitadas. El poder se encuentra tan dividido y las opiniones tan polarizadas que difícilmente un actor interno sin ayuda externa pueda lograr el consenso legítimo para centralizar el poder. Tal situación pretendería durar durante los próximos años, pues ante los eventos más recientes, aún no hay perspectivas de ningún cambio concreto desde los primeros meses del 2012.

En conclusión, vemos en Libia hoy las consecuencias de un caldo de cultivo de conflictos que durante años se sostuvo mediante la sola presencia totalizadora de Gadafi. El petróleo, las armas, la falta de instituciones y prácticas democráticas durante toda la historia de Libia han culminado hoy en una situación de violencia cotidiana y fragmentación total, en un ejemplo claro de Estado fallido, es decir, reconocido formalmente como tal hacia el exterior, pero sin la capacidad para

monopolizar el uso de la violencia legítima y el control de sus propios ciudadanos. Sin entrar en discusiones ideológicas sobre el labor que debiera haber realizado occidente luego de su intervención para destituir a Gadaffi, lo único que podemos desear es que las milicias lleguen a comprender que ganan más con la estabilidad que con el conflicto. Pero lamentablemente, en lo que concierne al conflicto, este aún no es su fin.

Para evitar peores resultados se necesita un fuerte centro político, pero, desde el comienzo del levantamiento en febrero de 2011, Libia ha estado políticamente atomizada. Carece de la clase de sociedad civil que podría haber dirigido el levantamiento y haber plantado las semillas para una política post autoritaria, como ocurrió en Túnez (Mohamedou, 2012). Sigue sin estar claro qué zanahorias y qué garrotes puede desplegar la comunidad internacional para poner presión a ambos gobiernos a comprometerse por un acuerdo duradero (Jason, 2015), pero no quedan dudas de que los esfuerzos hechos hasta ahora han quedado cortos.

Asimismo, los costos de la guerra representan mucho más que la reparación de las instalaciones petroleras y el restablecimiento de la corriente eléctrica. Ciudades enteras han quedado arrasadas por los combates y habrá que reconstruirlas, pero Libia carece de la capacidad técnica para abordar esos problemas. Una Libia sin expertos con conocimientos técnicos corre el riesgo de quedar dependiente de la asistencia extranjera, de forma muy parecida a la de los palestinos, que viven en gran medida de la ayuda internacional (Barfi, 2011 A).

A pesar de esta terrible situación, hoy pareciera que el mundo solo conoce a Libia por los refugiados que pretenden ingresar a Europa. Lamentables noticias sobre barcos hundidos y cientos de ahogados cerca de las costas italianas se han vuelto recurrentes y diversas soluciones han sido propuestas. Pero, según Paleologo (2014), a pesar de numerosos dichos y voluntades de proteger a los migrantes que cruzan el Mediterráneo, la externalización del control de fronteras de la Unión Europea en nombre de la seguridad y los intereses económicos ha tomado preponderancia por sobre la preocupación por las vidas humanas. Tras el acuerdo de la Unión Europea con Turquía que ha frenado el flujo de migrantes en el Mediterráneo Oriental, la ruta central que parte de Egipto y Libia vuelve a ser la más concurrida, y es mucho más peligrosa. Ello explica que aunque hayan llegado muchas menos personas a Europa en los primeros nueve meses del año, haya más muertos, según los datos de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). La UE quería un pacto similar al de Turquía con Libia, pero por ahora no ha obtenido una respuesta satisfactoria. Frontex estimó en junio que desde Libia llegarían a la UE 300.000 personas este año. Hasta ahora, las políticas multilaterales parecen haberse mostrado limitadas y la crisis económica de Europa contribuyó a un proceso de decadencia institucional para tratar este tipo de eventos. Finalmente, el sensacionalismo de los medios ciertamente no ha ayudado a la formación de una opinión pública crítica al respecto.

Naciones Unidas estima que 2.44 millones de los habitantes en Libia, casi 40% de la población, necesitan protección y algún tipo de ayuda humanitaria. Sin embargo, el mundo y las grandes potencias, ocupados de sus propios problemas, han olvidado el caos que vive hoy Libia, un país dividido en regiones que han declarado su independencia, con gobiernos paralelos, cientos de milicias armadas, y cuya principal fuente de ingresos, el petróleo, ha prácticamente desaparecido. Para el mundo, y esto es lo peor, pareciera que el problema son los refugiados, no Libia. Mientras que la emergencia de los bordes libios es seguramente más visible, la crisis humanitaria dentro del país es la que debe ser observada (Ferris, 2011). Por ahora, pocos esfuerzos se observan para buscar una solución al problema, más bien parece buscarse que el problema se quede dentro de sus fronteras.

Bibliografía

Ashour, Omar (2011), *El señor de las moscas de Libia*. Project-Syndicate. 25 de febrero de 2011. www.project-syndicate.org/commentary/libya-s-lord-of-the-flies/spanish#2LmRT7oTPYeBc3jK.99

Barfi, Barak (2012), *La transición de Libia hacia la transición*. Project-syndicate. 15 de marzo de 2012. <http://www.project-syndicate.org/commentary/libya-s-transition-to-transition/spanish>

Barfi, Barak (2014). *La influyente sombra de Gadaffi*. Project-syndicate. 10 de Junio de 2014. <http://www.project-syndicate.org/commentary/barak-barfi-traces-libya-s-current-fragmentation-to-the-powerful-legacy-of-its-former-leader/spanish#Ax1tAWSpPkYLjIVa.99>

Barfi, Barak [A] (2011), *La reconstrucción de Libia*. Project Syndicate. 22 de Agosto de 2011. <http://www.project-syndicate.org/commentary/rebuilding-libya/spanish#RwGDKgShoxh5ib9z.99>

Barfi, Barak [B] (2011), *Reconstruir las ruinas de Gadaffi*. Project-syndicate. 22 de diciembre de 2011. <http://www.project-syndicate.org/commentary/rebuilding-the-ruins-of-qaddafi/spanish>

Baroud, Ramzy; Barreda, Javier; Collon, Michael; López, Bernardo; Simons, Greg (2011), *Libia, ¿y ahora, qué? – Cibercoloquio*. CIP-Ecosocial. Septiembre de 2011. www.fuhem.es/cip-ecosocial

Blanco, Alicia Sorroza (2011), *Intervención en Libia: un puzzle de intereses europeos*. 29 de Abril de 2011

Brookings (2015), *Conference Audio: An overlooked crisis: Humanitarian consequences of the conflict in Libya 2015*

Choller, Derek; Fishman, Ben; Kuperman, Alan J. (2015). Who Lost Libya? Obama's Intervention in Retrospect. Foreign Affairs. May/June 2015 Issue
<https://www.foreignaffairs.com/articles/libya/2015-04-20/who-lost-libya>.

Daalder, Ivo H; Starvridis, James G. (2012). NATO's Victory in Libya. The Right Way to Run an Intervention. Foreign Affairs. March/April 2012 Issue.
<https://www.foreignaffairs.com/articles/libya/2012-02-02/natos-victory-libya>

Dalacoura, Katerina (2012), *The 2011 uprisings in the Arab Middle East: political change and geopolitical implications*, International Affairs, 88(1) pp. 63-79.

Dominique, Moisi (21 de Marzo de 2011), *Sarkozy se va a la guerra*. Project-syndicate. <http://www.project-syndicate.org/commentary/sarkozy-goes-to-war/spanish#m8VRoOcEY2YYOI06.99>

Enamorado, Javier Jordán (16 diciembre de 2014), *Ansar Al Sharia y la inquietante evolución del Yihadismo en Libia*. Instituto español de estudios estratégicos.

Ferris, Elizabeth (25 de marzo de 2011), *Libya: The Humanitarian Emergency We See and the One We Don't*. <http://www.brookings.edu/blogs/up-front/posts/2011/03/25-libya-migration-ferris>

García, Beatriz Mesa (26 marzo de 2012), *La azarosa transición en Libia*. Instituto español de estudios estratégicos.

Gaub, Florence (2011), *A Libyan Recipe for Disaster*. Survival: Global Politics and Strategy, 56:1.

- Haass, Richard (2011), *The US Should Keep Out of Libya*. The Wall Street Journal.
- Haimzadeh, Patrick. (Diciembre de 2011), *Lucha facciosa en la era post-gadafi: ¿Quién ganó la guerra en Libia?*. El diplo. <http://www.eldiplo.org/notas-web/quien-gano-la-guerra-en-libia/>
- Howard, Geoffrey (2015). ISIS' Next Prize. Will Libya Join the Terrorist Group's Caliphate? 03 de Enero de 2015. www.foreignaffairs.com/articles/libya/2015-03-01/isis-next-prize
- International Commission on Intervention and State Sovereignty (ICISS) (2001), *The Responsibility to Protect: Report of the International Commission on Intervention and State Sovereignty Ottawa: IDRC*.
- Kaplan, Robert (2011), *Libya, Obama and the Triumph of Realism*. Financial Times.
- Lacher, Wolfram; Wehrey, Frederic (2016). The Next Front Against ISIS. The Right Way to Intervene in Libya. Foreign Affairs. 07 de Febrero de 2016. www.foreignaffairs.com/articles/libya/2016-02-07/next-front-against-isis
- Martinez, Luis (2011), *Libya*. En Ellen Lust, ed. *The Middle East*. Washington D.C.: CQ Press.
- Mckay, Al (5 de Septiembre de 2011), *The Responsibility to Rebuild and Libya*. <http://www.e-ir.info/2011/09/05/the-responsibility-to-rebuild-and-libya/>
- Mohamedou, Mohammad.Mahmoud Ould (19 de Marzo de 2012), *Libia iraquí*. <http://www.project-syndicate.org/commentary/iraqi-libya/spanish#BkkgYBxTP4xEshFT.99>
- Mueller, John (2011). The Iraq Syndrome Revisited. U.S. Intervention, From Kosovo to Libya. 28 de Marzo de 2011. www.foreignaffairs.com/articles/libya/2011-03-28/iraq-syndrome-revisited
- O'Hanlon, Michael (2011). Libya and the Obama Doctrine. How the United States Won Ugly. 31 de Agosto de 2011. www.foreignaffairs.com/articles/libya/2011-08-31/libya-and-obama-doctrine
- Pack, Jason (2014), *Libia on the Brink: How to stop the fighting*. Foreign Affairs. 28 de Julio de 2014. <https://www.foreignaffairs.com/articles/north-africa/2014-07-28/libya-brink>
- Pack, Jason (2015). A Plan B for Libya. Navigating out of a Dead End. Foreign Affairs. 29 de Mayo de 2015 <https://www.foreignaffairs.com/articles/libya/2015-05-29/plan-b-libya>
- Paleologo, Fulvio Vasallo (2014), *The Eclipse of Europe: Italy, Libya, and the Surveillance of Borders*. 30 de Marzo de 2014. www.e-ir.info/2014/03/30/the-eclipse-of-europe-italy-libya-and-the-surveillance-of-borders/
- Patrick, Stewart (2011). Libya and the Future of Humanitarian Intervention. How Qaddafi's Fall Vindicated Obama and RtoP. Foreign Affairs. 26 de Agosto de 2011. www.foreignaffairs.com/articles/libya/2011-08-26/libya-and-future-humanitarian-intervention
- Ping, Jean (2014). *¿Era necesario matar a Gadafi?*. El Diplo. Agosto de 2014. www.eldiplo.org/archivo/el-mundo-en-guerra/era-necesario-matar-a-gadafi/
- Reuters (2015), *Libia acusa al Consejo de Seguridad de obstaculizar su lucha contra el Estado Islámico*. <http://www.europapress.es/internacional/noticia-libia-acusa-consejo-seguridad-obstaculizar-lucha-contra-estado-islamico-20150715200807.html>

Rodriguez, Fernando (2015), *Huir de la guerra para morir en el mar*. United Explanations. 18 de Junio de 2015. www.unitedexplanations.org/2015/06/18/huir-de-la-guerra-para-morir-en-el-mar

Sawani, Youseff M. (2014), *The United States and Libya: Turbulent History and Uncertain Future*. 27 de diciembre de 2014. <http://www.e-ir.info/2014/12/27/the-united-states-and-libya-turbulent-history-and-uncertain-future/>

Senkovich, V. (2012), *Is there an alternative to the western patronage of Libya?*. 7 de Febrero de 2012. http://russiancouncil.ru/en/inner/?id_4=146#top

Senkovich, V. (2014). *Russian International Affairs Council*. 27 de Octubre de 2014. http://russiancouncil.ru/en/inner/?id_4=4673#top

Sizer, Lydia & Pack, Jason (2016). *ISIS Fuels Discord in Libya Using Oil to Weaken the Unity Government*. Foreign Affairs. 17 Mayo 2016. www.foreignaffairs.com/articles/libya/2016-05-17/isis-fuels-discord-libya

The Guardian (2015), *Italian PM calls for emergency summit as up to 700 migrants drown*. 19 de Abril de 2015. <http://www.theguardian.com/world/2015/apr/19/italian-prime-minister-matteo-renzi-emergency-summit-700-drown-mediterranean>

The Telegraph (2015), *Mediterranean migrant death toll '30 times higher than last year'*. 23 de Abril de 2015. www.telegraph.co.uk/news/worldnews/europe/italy/11548995/Mediterranean-migrant-crisis-hits-Italy-as-EU-ministers-meet-live.html

Vandewalle, Dirk (2011). *Rebel Rivalries in Libya. Division and Disorder Undermine Libya's Opposition*. Foreign Affairs. 18 de Agosto de 2011. www.foreignaffairs.com/articles/north-africa/2011-08-18/rebel-rivalries-libya

Wolff, Stefan (2011), *Building a democratic state for the new Libya: A task list*. 26 de Agosto de 2011. <http://www.e-ir.info/2011/08/26/building-a-democratic-state-for-the-new-libya-a-task-list/>

Yardley, J. (2015), *Italy migrants capsized boat off libya*. The New York Times. 19 de Abril de 2015. www.nytimes.com/2015/04/20/world/europe/italy-migrants-capsized-boat-off-libya.html

La reconstrucción de hechos también se ha nutrido de centenas de noticias publicadas en múltiples periódicos nacionales e internacionales. Se destacan entre las fuentes: Infobae, La Nación, The New York Times, Univisión, Agencia EFE, Le Monde Diplomatique, Diario Uno, The New Yorker, Usa Today, Agencia BBC, Agencia Fox News, Agencia CNN, entre otros.